

Un chico de verdad
y un corazón de madera.
Sin ataduras.

LA VIDA DE LAS MARIONETAS

CROSS
BOOKS

TJ KLUNE

LA VIDA DE LAS MARIONETAS

TJ KLUNE



Capítulo 1

El diminuto robot aspirador chillaba con desesperación mientras giraba en círculos concéntricos, agitando en el aire los delgaduchos brazos acabados en pinzas.

—Ay, Dios mío, ay, Dios mío, vamos a morir. ¡Dejaré de existir y no quedará más que la oscuridad!

Un robot mucho más grande se encontraba inmóvil junto al aspirador, contemplando su millonésimo ataque de nervios. A diferencia del otro, carecía de brazos, piernas o pies. En cambio, la exenfermera modelo Seis-Diez-JQN serie Alfa era un rectángulo metálico alargado de metro y medio de altura y poco más de medio metro de ancho. Sus viejos y gastados neumáticos habían sido sustituidos por cintas dentadas de metal, no muy diferentes de las orugas de un tanque. Dos trampillas situadas a cada lado de la base se abrían para revelar una docena de tentáculos de acero equipados con diversos instrumentos médicos, por si surgía la necesidad de realizar una intervención quirúrgica. La pantalla de la parte delantera mostraba un rostro verde y ceñudo. La enfermera Registrada Automatizada para Tratamientos, Cuidados, Horadaciones, Educación y Destreza (la enfermera Ratched, para abreviar) no estaba muy contenta con el aspirador.

—Si te murieras, yo jugaría con tu cadáver —dijo con voz monótona y mecánica—. Aprendería mucho. Te taladraría hasta que no quedara ni rastro de ti.

Tal como sin duda había planeado la enfermera, esto sacó de quicio al aspirador.

—Huy, lo que ha dicho —gimoteó—. Huy, no, no, esto no me gusta. ¡Victor! ¡Victor, vuelve antes de que me muera y Ratched juegue con mi cadáver! ¡Quiere taladrarme! ¡Ya sabes lo que opino de que me taladren!

En los Desguaces, en mitad de la ladera de un montículo de chatarra que medía por lo menos siete metros de altura, sonó una carcajada suave.

—No se lo permitiré, Rambo —aseguró Victor Lawson, mirándolos desde lo alto, colgado de la pila de desechos por medio de un sistema de poleas que había construido y un arnés que le ceñía la cintura. Era un tinglado muy poco seguro, pero Vic llevaba años usándolo y aún no se había caído. Bueno, salvo una vez, pero más vale correr un tupido velo sobre eso. El alarido que había pegado al ver el hueso pringoso que le sobresalía del brazo era el ruido más estridente que había emitido hasta entonces. A su padre no le había hecho ninguna gracia, y le había dicho que un muchacho de doce años no pintaba nada en los Desguaces. Victor le había prometido no volver ahí. Había regresado a la semana siguiente. Y ahora, con veintiún años, conocía los Desguaces como la palma de su mano.

Por lo visto, Rambo no le creyó, pues se puso a chillar, abriendo y cerrando las pinzas, mientras su redondo cuerpo temblaba y sus ruedas todoterreno pasaban por encima de piezas de metal que habían caído del montón de chatarra. En su parte superior había unas letras emborronadas que de todos modos nunca habían sido muy nítidas: una R y un círculo que podía representar tanto una O como una a minúscula,

seguidas por una inconfundible M (tal vez) y una B, antes de otra O, o quizá una A. Vic se había encontrado el cacharrito años atrás y lo había reparado con hierros y mimos hasta que había vuelto a la vida, implorando que lo dejaran limpiar. Necesitaba limpiar más que nada en el mundo, pues, sin ello, no tenía una finalidad, no tenía nada. A Vic le había llevado mucho tiempo tranquilizarlo, trasteando con sus circuitos hasta que el aspirador había exhalado un suspiro de alivio. Había sido un arreglo pasajero. A Rambo lo angustiaba casi todo, desde la suciedad del suelo y de las manos de Vic hasta la muerte en todas sus variantes.

La enfermera Ratched, el primer robot de Vic, le había pedido permiso para matar al aspirador.

Vic se lo había denegado.

Ratched le había preguntado por qué.

Vic le había respondido que no estaba bien matar a los nuevos amigos.

—Pues yo lo mataría —había dicho ella con su voz monótona—. Me sería fácil. La eutanasia no tiene por qué resultar dolorosa. Aunque puede serlo, si quieres. —Avanzó sobre sus llantas articuladas hacia el aspirador, con el taladro preparado.

Rambo profirió un chillido.

Cinco años después, pocas cosas habían cambiado. Rambo aún estaba con los nervios deshechos, y la enfermera Ratched seguía amenazando con usar su cadáver como juguete. Vic ya estaba acostumbrado.

Entornando los ojos, echó un vistazo por encima del montículo de hierros, con la cabellera negra que le llegaba hasta los hombros recogida hacia atrás y sujeta con una tira de cuero. Probó la resistencia de la cuerda. Aunque no pesaba mucho, tenía que extremar precauciones, como le repetía una y otra vez en su cabeza la voz de su padre. Le daba de-

masiadas vueltas a todo. Al fin y al cabo, Victor era delgado como un junco, y su padre siempre le insistía en que comiera más. «Estás en los huesos, Victor. Llévate más comida a la boca y mastica, mastica, mastica».

El empotrador magnético parecía aguantar en lo alto del montículo. Victor se enjugó la frente con el dorso de la mano enguantada para evitar que le entrara sudor en los ojos. El verano tocaba a su fin, pero aún lanzaba sus últimos coletazos de calor seco.

—Muy bien —murmuró para sí—. Solo hay que subir un poco más. Ahora o nunca. Necesitas ese recambio. —Bajó la vista para asegurarse de que tenía los pies bien apoyados.

—¡Si te caes y te matas, yo te practicaré la autopsia! —le gritó Ratched desde abajo—. El informe final estará disponible entre tres y cinco días hábiles después, según si quedas desmembrado o no. Pero, por deferencia a ti, te diré que lo más probable es que perezcas a causa de un traumatismo.

—Ay, no —gimió Rambo, con las luces rojas de sus sensores encendiéndose y apagándose—. Vic, Vic... Por favor, no te desmiembres. Ya sabes que no se me da muy bien limpiar la sangre. ¡Se cuele en los engranajes y todo acaba hecho un asco!

—Activando protocolo de empatía —dijo Ratched, y su monitor pasó a mostrar una carita sonriente de boca y ojos negros sobre un fondo amarillo. La trampilla en la parte inferior de su costado derecho se deslizó hacia arriba, y uno de sus brazos tentaculares se extendió para darle unas palmaditas a Rambo en la tapa—. Hale, hale. Ya está. Yo limpiaré la sangre y demás fluidos que manan de su débil y frágil cuerpo. Seguramente vacíe los intestinos también.

—¿En serio? —susurró Rambo.

—Sí. El esfínter humano es un músculo que se relaja al

sobrevenir la muerte, lo que da lugar a una evacuación espectacular, sobre todo en caso de traumatismo.

Vic sacudió la cabeza. Esos dos eran sus mejores amigos. No sabía si eso hablaba muy bien de él como persona. Seguramente no. Por otro lado, tenía mucho en común con ellos, en cierto modo, aunque él era de carne y hueso y ellos de metal y alambre. No importaba de qué estuvieran hechos: todos tenían los cables cruzados, o al menos eso quería creer él.

Levantó la mirada de nuevo. Cerca de lo alto del montón de chatarra, divisó lo que parecía una PCB multicapa en buen estado. Las placas de circuito impreso apenas se encontraban ya, y, aunque le habían entrado ganas de extraer aquella cuando la había visto unas semanas antes, no se había atrevido. Esa pila de desechos en particular era una de las más peligrosas, y se bamboleaba mientras él escalaba. Se lo tomaría con calma e iría extrayendo los trozos de metal que aprisionaban el circuito impreso hasta que este cayera al suelo. La operación requería paciencia. La alternativa era la muerte.

—¡Vic! —exclamó Rambo—. No te vayas. Te quiero. ¡Vas a dejarme huérfano!

—No me voy a morir. —Respiró hondo antes de trepar despacio por la cuerda, apretando y bloqueando el mosquetón con cada impulso. Los delgados músculos de los brazos le ardían por el esfuerzo.

Cuanto más ascendía, más se tambaleaba el montículo. El sol destellaba en los trozos de metal que llovían en torno a él y caían al suelo con gran estrépito. Esto le proporcionó a Rambo una distracción que le permitió aparcarse el pánico mientras limpiaba febrilmente. Al bajar los ojos, Vic lo vio recoger los pedazos de chatarra y depositarlos en la base de la pila. Daba pitidos de satisfacción, casi como si tarareara.

—Tu existencia carece de sentido —le informó la enfermera Ratched.

—No sé de qué me hablas —repuso Rambo alegremente, con los sensores emitiendo destellos azules y verdes. Tras dejar caer otra pieza metálica al pie del montículo, lo celebró girando como una peonza.

Cerca de la cima, Vic se detuvo un momento a descansar y volvió la cabeza para tender la mirada más allá de los Desguaces. El bosque llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Tardó unos instantes en avistar los árboles sobre los que se alzaba su hogar, entre los que descollaba el abeto principal.

Se inclinó hacia atrás tanto como se atrevió para echar un vistazo por un lado del montículo. A lo lejos, una columna de humo se elevaba desde la chimenea de una enorme y pesada máquina. Esta medía por lo menos doce metros de altura, y la grúa que llevaba a cuestas se movía con destreza entre las pilas de chatarra y escombros, recogiendo más hierros viejos de su tolva y descargándolos en un ciclo interminable. Vic memorizó la ubicación, preguntándose si la máquina había traído algo nuevo que valiera la pena rescatar.

Los otros Antiguos se encontraban más lejos.

Él estaba a salvo.

Alzó los ojos de nuevo hacia el circuito impreso.

—Voy a por ti —le dijo.

Tardó diez minutos más en tener la placa al alcance de la mano. Se detuvo para comprobar la solidez de sus puntos de apoyo y se tomó un momento para aclararse las ideas. No bajó la mirada; no le daban miedo las alturas, o no demasiado, pero así reducía el vértigo, lo que le facilitaba el concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Echado hacia atrás contra el arnés, sacudió brazos y piernas.

—Vale —murmuró—. Lo tengo controlado. —Apretando

los dientes, alargó las manos hacia el circuito impreso y asíó el borde con cuidado. Tiró de él con la esperanza de que algo hubiera cambiado desde la última vez que había estado ahí y bastara con menear un poco la placa para que se soltara.

No hubo suerte.

Escarbó en torno a ella y desprendió un trozo de metal que parecía haber pertenecido a una tostadora. Lo examinó para ver si contenía algo salvable. Parecía demasiado oxidado por dentro para repararlo. No era aprovechable. Tras dar una voz de advertencia, lo dejó caer. El objeto metálico se estrelló contra el suelo, bajo sus pies.

—No le has dado a Rambo —dijo Ratched—. Tienes que afinar la puntería.

Vic abrió mucho los ojos cuando, al agarrar de nuevo la placa, esta se movió. Le dio un tirón. La placa cedió un poco. Tiró con más fuerza, procurando no apretarla demasiado para no dañarla. Papá se pondría contento. Bueno, se cabrearía si se enterara de cómo la había conseguido, pero mientras no lo supiera, no pasaría nada.

Vic meneó el circuito impreso como un diente flojo, adelante y atrás, adelante y atrás. Estaba a punto de dejarlo y escarbar un poco más alrededor cuando la placa se soltó de golpe.

—Bien —dijo—. ¡Bien! —La agitó en el aire para mostrársela a los otros—. ¡Ya la tengo!

—Mi alborozo no conoce límites —dijo Ratched—. Hurra. —En su pantalla aparecieron las palabras «ENHORABUENA: ES NIÑA», bajo una lluvia de confeti.

—Vic... —dijo Rambo, atacado de los nervios.

—Estoy que no me lo creo —dijo el joven—. Me ha llevado semanas.

—Vic... —repitió Rambo, elevando el tono.

—Y no parece dañada —añadió Victor, dándole vueltas entre los dedos—. Creo que servirá...

—¡Vic!

El aludido bajó la mirada, intentando disimular su irritación.

—¿Qué?

—¡Huye! —gritó Rambo.

Un bocinazo profundo y furioso retumbó por los Desguaces, ocasionando que el montón de hierros vibrara y se desplazara.

Vic conocía ese sonido.

Se inclinó hacia delante todo lo que pudo.

Un Antiguo se acercaba con las sirenas ululando y la grúa balanceándose de aquí para allá. Iba chocando con otras pilas de chatarra, y la fricción del metal contra el metal hacía saltar chispas. No redujo la velocidad. No se detuvo.

—INTRUSO —bramaba—. INTRUSO. INTRUSO. INTRUSO.

Vic notó que se ponía pálido.

—Oh, no —susurró.

Se guardó la placa de circuito impreso en la cartera al tiempo que apretaba el mosquetón con la otra mano. Descendió casi dos metros en un segundo y dio una sacudida dolorosa cuando el mosquetón topó con un grueso nudo, en mitad de la cuerda. Por más que forcejeó, no consiguió pasar de ahí.

—Te recomiendo que bajes —dijo la enfermera Ratched mientras levantaba a Rambo en volandas y salía disparada lanzando piedras al aire con las orugas y esquivando los cascos que se precipitaban en torno a ellos. Rambo chillaba, preso del pánico, con luces rojas parpadeando en los sensores.

—¡En esas estoy! —les gritó Vic, que seguía pugnando por pasar el nudo a través del mosquetón.

Era inútil. No había manera.

El Antiguo lanzó otro bocinazo. Vic gimió cuando algo pesado le rebotó en el hombro y lo lanzó hacia fuera, girando en su extremo de la cuerda. Cuando la gravedad lo empujó de nuevo contra el montón de basura, el fuerte choque lo dejó sin aliento. Se oía el crujir de los hierros bajo los descomunales neumáticos del Antiguo, que se aproximaba cada vez más.

En cuanto consiguió recobrar el equilibrio, Vic alzó la mirada, lamentando la pérdida de los empotradores. No eran fáciles de fabricar, pero ya no podía hacer nada al respecto.

El Antiguo apareció por un lado del montículo, encendiendo y apagando los faros. La grúa arremetió contra la pila. La cuchara se estampó por encima de Vic con un chirrido metálico, y el montículo se estremeció. Las cuerdas restallaron contra su arnés y tiraron de él hacia arriba antes de dejarlo caer de nuevo mientras la torre empezaba a inclinarse a la derecha. Frente a él, una gran chapa de metal en la que se leía «MEJOR GASTRONETA POR VOTACIÓN POPULAR» cambió de posición.

Sin pensarlo, alargó el brazo hacia ella.

La grúa se meció hacia atrás para tomar impulso.

Justo antes del impacto, Vic sacó la chapa con un áspero gruñido de esfuerzo. La cuchara volvió a golpear con una fuerza demoledora, y los escombros llovieron alrededor de Vic mientras el montículo se escoraba peligrosamente hacia la izquierda. El joven se precipitó al vacío, con la cuerda ya flácida enroscándose en torno a su cuerpo. Se dio la vuelta en el aire hasta quedar tendido encima de la chapa de metal. Ocultó el rostro entre los antebrazos para protegerse de las chispas ardientes que saltaban hacia él. Le pareció que se le escapaba un grito, pero no era capaz de oírse por encima del furibundo rugido del Antiguo y la torre que se derrumbaba.

Se encontraba a dos metros de altura cuando la chapa chocó con una armadura corrugada y él salió volando. Aterrizó con violencia y rodó, encogido de brazos y piernas. Dedicó un momento a agradecer la necesidad neurótica de Rambo de mantener el suelo despejado de escombros. De no ser por ello, tal vez se habría empalado en alguno de los objetos que él mismo había tirado desde arriba.

Se quedó tumbado boca arriba, parpadeando y contemplando el cielo. Tenía que moverse. Como no notaba un dolor muy fuerte, se levantó ayudándose con las manos, justo a tiempo para ver cómo el montículo se venía abajo del todo. Arrancó a correr con la respiración agitada, mientras la atornadora bocina del Antiguo sonaba a su espalda.

Como sabían que los Antiguos no podían —o no querían— salir del perímetro de los Desguaces, Ratched y Rambo lo esperaban en el límite. El aspirador, subido encima de la enfermera, agitaba los bracitos de forma frenética. La pantalla de ella mostraba una serie de signos de admiración.

—¿Qué os decía? —comentó Vic mientras dejaban atrás al Antiguo—. Estaba chupado.

—Sí, chupadísimo —dijo Ratched—. Estaría impresionada si no fuera porque no me impresiona la idiotez. De no ser por eso, flirtearía contigo.

Él había aprendido lo que era flirtear viendo las películas que ponía su padre: personas que sonreían y se sonrojaban al ver a otras y que hacían cosas que no solían hacer, todo en nombre del amor. Él nunca había tenido a nadie con quien flirtear. Se le antojaba algo de lo más complicado.

—No sabía que supieras hacer eso.

—Sé hacer muchas cosas —contestó la enfermera Ratched, y las exclamaciones en su pantalla cedieron el paso a una cara con una sonrisa graciosa y unos ojos muy abiertos enmarcados por largas pestañas—. ¿Qué pasa, tío bueno?

Deberías meterme el dedo en el enchufe. —La pantalla se apagó—. Eso era flirtear. Hay una diferencia.

Vic torció el gesto mientras Rambo daba vueltas alrededor de él sin parar de agitar los brazos.

—Eso no sale en las películas.

—Al menos no en las que ves tú. ¿Ha funcionado? ¿Estás excitado? —La pequeña lente que tenía encima de la pantalla cobró vida con un parpadeo, y de ella brotó una luz azul que lo recorrió de arriba abajo—. No pareces excitado. Tu pene no presenta un incremento del flujo sanguíneo que propicie la práctica del coito con fines recreativos.

—Yo no tengo pene —dijo Rambo con aire melancólico. Unos engranajes se movieron en sus entrañas, y una pequeña ranura se abrió en su parte inferior. El aspirador soltó un gruñido, y de su interior surgió un tubito del que goteaba lo que parecía aceite—. Ahora sí. ¡Vivan los penes!

—Haz el favor de guardarte eso —dijo Vic—. Tenemos que volver a casa. —Alzó la vista hacia el cielo amoratado. El sol empezaba a ponerse—. Pronto oscurecerá.

—Y a ti te da miedo la oscuridad —señaló Rambo, retrayendo el tubito y cerrando la ranura.

—No me da miedo la...

—El miedo es algo superfluo —aseveró Ratched, colocándose en formación detrás de Vic, que encabezaba la marcha a través del bosque—. Yo no tengo miedo de nada. —Tras una pausa, matizó—: Excepto de los pájaros que intentan anidar dentro de mí y poner huevos en mi maquinaria. Son unos chungos esos pájaros. Voy a matarlos a todos.

Vic sacó la placa de circuito impreso de su cartera. Seguía entera. Acarició la superficie irregular con el dedo.

—Ha valido la pena —musitó.